

# LA COFRADÍA DE LAS ÁNIMAS BENDITAS DEL PURGATORIO

## (Su influencia en la vida social del pueblo de Cambil)

*Julián Ozáez Almagro*

### Resumen

La presente comunicación trata de reflejar la enorme influencia social que tuvo siglos atrás la Cofradía de las Ánimas del Purgatorio en el pueblo de Cambil, no solo en la vida religiosa, sino que, también, en torno a esta institución se fueron creando una serie de costumbres y tradiciones, a través de los años, muchas de las cuales aún perduran.

### Summary

The intention of the present communication is to reflect the huge social influence the fraternity "The Souls of Purgatory" had on the village of Cambil centuries ago, not just on its religious life, but also in the creation of a series of customs and traditions which, throughout the years, have continued to exist.

### ORIGENES

La Cofradía de las Ánimas Benditas del Purgatorio es de todas las de Cambil, la que más ha perdurado a lo largo del tiempo. Su fundación apunta a los primeros años de la parroquia, apareciendo sus primeros datos históricos en una carta de poder otorgada por la cofradía a favor de su prioste en el año 1548, ante el escribano Melchor de Raya.

El instituto de la cofradía consistía en la promoción de cultos y oficios religiosos para la constante memoria y auxilio de las ánimas que padecen las penas en el Purgatorio, obligando a los hermanos a pedir limosna para costear la novena que anualmente se celebraba por las ánimas, además de los oficios que debía realizar por los hermanos difuntos, a quienes acompañaba durante todo el tiempo que duraba el funeral.

La importancia que en otro tiempo tuvo esta cofradía se refleja en las numerosas veces que aparece durante los siglos XVII y XVIII en testamentos de vecinos devotos y fundaciones de memorias y censos a su favor, como nos viene a

demostrar la gran cantidad de beneficios registrados a mediados del setecientos en el catastro de Ensenada.

## FINES

Se deduce claramente, por lo anteriormente expuesto, que esta Cofradía nació desde los primeros tiempos para satisfacer una necesidad que, en la sociedad de aquella época, era un tema muy preocupante: dar solución a la idea de que, al fallecer, no permanecieran demasiado tiempo las ánimas en el Purgatorio.

Igualmente se fundó con una vocación asistencial y de auxilio social, ya que entre sus fines estaban la de asistir a los entierros de los hermanos fallecidos, no ya con su mera presencia, si no con la aportación económica que hacía la propia cofradía para que el hermano difunto, que lo necesitara, tuviese un entierro digno. Procedía a algo parecido a lo que en la actualidad sería una compañía aseguradora de decesos. De ahí que esta Cofradía, casi siempre, se ha distinguido porque los hermanos que la componían venían de las capas más bajas de la sociedad.

Y lo que no se comprendería por gran parte de las personas de hoy en día, hay que verlo bajo el punto de vista de la gentes que vivieron antes de las reformas que se acometieron en el seno de la Iglesia, antes del Concilio Vaticano II. Pues existían varias clases de entierros y funerales, clasificándose según la importancia social del finado que, a su vez, estaban directamente relacionados con su posición económica.

Todavía se recuerda por las gentes del lugar los distintos entierros que por el toque de campanas, ya sabían qué persona había muerto. A saber: cuando empezaban a doblar las campanas, incluida la campana “gorda”, en el mismo momento del fallecimiento era “un pez gordo”, en el lenguaje popular. Este entierro era de “paradas”. Y consistía en que el sacerdote (podría haber varios), con todo su séquito, acompañándose de una mesa de altar, que llevaban, normalmente, entre cuatro personas, se desplazaban a la casa del finado empezando desde ese momento a rezarle y cantarle los responsos. Para ello, a cada cincuenta o cien metros, según lo estipulado, hacían una parada poniendo el ataúd encima de la mesa de altar con sus correspondientes cirios encendidos. Alrededor de dicha mesa giraban el sacerdote, junto con el sacristán y los monaguillos, rezando los consabidos responsos y rociándole con agua bendita e incienso. Así hasta la Iglesia, donde se decía un funeral solemne. Una vez terminado éste, comenzaba, camino del cementerio, la misma parafernalia de “paradas” que se habían producido a la venida para acabar con ellas a la salida del pueblo, donde, a partir de ese lugar, debería continuar el cortejo fúnebre solo hasta su sepultura.

Este tipo de entierros, contrastaba enormemente con el más humilde de ellos. El llamado por el pueblo, de “tilín, tilín”, ya que, las gentes del lugar se enteraban que se había producido un fallecimiento, en este caso de una persona pobre, porque solamente una campana de la torre de la Iglesia, la más pequeña de todas ellas, había hecho “señal”, y ello consistía, a la hora del entierro, solo de un repicoteo de campana; de ahí su nombre onomatopéyico de tilín, tilín. Por supuesto que, a estos entierros, el cura normalmente no iba a la casa del difunto, como era habitual en todos los demás. Se limitaba a decirle un responso cuando llegaba a la Iglesia y nada más.

Ni decir tiene, que el ataúd también contaba a la hora de valorar, dicha sociedad, la importancia de este acto. Pues hay que saber que los ataúdes los hacían, entonces, los carpinteros, y los había de un simple cajón (de ahí el nombre en nuestro entorno de caja), estos normalmente para los entierros de tilín tilín, hasta los que se forraban con ricas telas, para los de primera o “gordo”.

Luego estaba otro tipo de entierro que pudiéramos considerar de digno, y que era el que aspiraba a conseguir todo el mundo.

En éste, la señal de fallecimiento se hacía doblando las campanas para dar a conocer al pueblo la triste noticia. Después, a la hora del entierro se daban, igualmente, tres toques; ironizando el pueblo el sonido de dichas campanas lo interpretaba de esta manera:” tan, tan,¿quién se ha muerto?, tan, tan, Juan del Huerto, tan, tan, ¿quién le llora?, tan, tan su señora”, tan, tan,¿quién le canta?, tan, tan una pajarita blanca... y así sucesivamente. Al último de ellos salía el sacerdote con todo su séquito, incluidos sacristán, monaguillos y cruz de guía, así como los estandartes de las cofradías, de las que había sido hermano, hasta la misma casa del finado. Desde allí se formaba el cortejo fúnebre hasta la Iglesia donde se cantaban varios responsos. Una vez concluido el acto religioso se formaban dos cortejos; uno que iba directamente al cementerio con el finado y otro que marchaba a casa de la familia para recibir el pésame de los asistentes que no acudirían al cementerio. Aquéllos deberían esperar un rato antes de proceder al acto de enterramiento, a fin de darle tiempo a la familia para llegar a dicho lugar, una vez recibido el pésame del otro cortejo. Hay que hacer notar que las mujeres jamás asistían al cementerio, estando reservado dicho acto únicamente a los hombres, siendo aquéllas, mientras tanto, las encargadas de iniciar los rezos por el alma del difunto en su misma casa.

En el mismo momento del fallecimiento, ya debería vestirse toda la familia de riguroso luto. Los familiares más cercanos, incluidos los hombres, de negro de pies a cabeza. Las mujeres eran las que más resaltaban los lutos; pues aparte de ser de negro, todas sus prendas, habrían de llevar un velo, también, negro en la

cabeza durante, al menos, un año, y para asistir a algún acto religioso un velo más grande que les cubriera la cabeza, espaldas y brazos. Igualmente no podían salir a la calle hasta pasados los nueve días del fallecimiento en el que se celebraban los funerales.

Esta costumbre era la habitual en el pueblo. Pero ello conllevaba una serie de gastos que muchas personas no podían permitírselo. Por esto, en el seno de la Cofradía de Ánimas y sin estar diferenciados, existían dos tipos de hermanos: los que se afiliaban para colaborar en los actos y fines encomendados a dicha cofradía y los que aspirando a lo mismo, querían asegurarse porque al final de sus días, se les hiciesen un entierro digno como el descrito anteriormente. Estos últimos eran, casi siempre, los económicamente más débiles.

## OTRAS TRADICIONES

Pero esta Cofradía, además, protagonizaba durante todo el año una serie de celebraciones que, a diferencia de otras, resultaba implicada en casi todas las fiestas religiosas celebradas en el pueblo, incluidos los domingos. En estos últimos participaban con su presencia en la cancela de la puerta de la iglesia, el hermano mayor, junto a otros hermanos, con una taza o ceverillo para que aportaran dinero, todos aquellos que quisieran contribuir a la obra y fines de la Cofradía.

Ahora bien, la Cofradía ostentaba en el año, principalmente, tres actos religiosos que cronológicamente serían: la novena de Ánimas en el mes de noviembre, celebrada a continuación del día de los fieles difuntos; las fiestas de la Aurora en la madrugada del siete al ocho de diciembre y el día 24 del mismo mes, vísperas de la Navidad en la que se pedía, de puerta en puerta, por todos los barrios del pueblo. En estas dos últimas fiestas se acompañaba con la popular “Tambora”.

Contemplando cada una de estas fiestas o costumbres podemos observar el claro-oscuro de esta Institución. En la primera de las tradiciones, es decir con la novena de ánimas, se culminaba uno de los fines para la que fue creada: organizar y participar con su presencia en los sufragios y oficios religiosos que se celebraban, durante nueve días, por las ánimas de los fieles difuntos. Su contenido era de un gran sentimiento y recogimiento de espíritu.

En la segunda de las tradiciones, es decir, en la Fiestas de la Aurora, el comportamiento de esta Cofradía es distinto. Su aire es alegre con sus famosas coplillas de campanilleros cantadas a la Virgen de la Aurora en la madrugada del siete al ocho de diciembre, acompañados con la popular “Tambora”. Esta costumbre, al parecer, fue heredada de la desaparecida Cofradía de la Virgen del Rosario, patrona de Cambil.

En la última de las celebraciones, la del día 24 de diciembre, aunque no solo en ese día, era cuando la Cofradía se proveía de fondos, pidiendo limosna durante todo el día para costear la novena a celebrar en el mes de noviembre, así como de los Oficios que deberían realizar por los hermanos difuntos. Se acompañaba, igualmente de la Tambora y sus coplillas de ánimas estaban, igualmente, cargadas de un gran sentimiento y nostalgia que contrastaba, en gran manera, con el día de Nochebuena.

## LA NOVENA DE ANIMAS

Comentando la primera de las tradiciones, la novena de Ánimas, tuvo una gran importancia e influencia en la vida social de los cambileños, ya que participaba prácticamente todo el pueblo, dado el sentimiento y recogimiento que generaba en las gentes este tipo de actos religiosos.

La novena en sí era un acto que causaba pavor en los espíritus de todos los asistentes. El escenario ayudaba, en gran manera, a mantener a las pobres almas en vilo. En medio de la iglesia, sin luz apenas, con cirios encendidos, presidía un gran catafalco con un paño negro. Encima se coronaba con una tétrica y auténtica calavera.

Al término de la ceremonia, los oficiantes cantaban alrededor de dicho catafalco varios responsos con entonación gregoriana. Como aquellos que empezaban: “Liberame Domine de profundis clamavi ad te, Domine, Domine, Exaudi vocem meam. Si iniquitates observaveris, Domine, Domine quis sustenebit?...etc, etc.”

La música y cantos religiosos, eran, igualmente, de un sentimiento que inducían a todos los fieles a ese recogimiento y miedo de estar cercanos a la muerte.

Todavía se recuerda la letra de aquella pieza fúnebre y de gran sentimiento, que haciendo alusión a las penas que padecían las almas en el Purgatorio, decía entre otras: “¡Cuan terrible son mis penas, piedad cristiano, piedad.....!

Pero la novena de Ánimas no solo generaba sentimientos de recogimiento y miedo a la muerte, sino que suscitaba en los días que duraba la novena comportamientos un tanto peculiares en las gentes de entonces. Para entender esto, hay que situarse en aquella sociedad rural, cerrada y más aún machista, donde predominaba, exageradamente, el puritanismo y el autoritarismo, en todos los órdenes; donde las mujeres siempre llevaban la peor parte, incluso en la manera de situarse dentro de la iglesia: los hombres a la derecha y las mujeres a la izquierda, sin mezclarse entre sí, y si alguien debería quedarse de pie, serían las mujeres, ya que

los hombres, según argumentaba el Oficiante, venían cansados de estar todo el día trabajando.

Después de la celebración, a la salida del templo, se hacían dos filas de hombres a ambos lados de la puerta, de tal manera que las mujeres deberían salir forzosamente dentro de ellas. Aparte del recreo visual que experimentaban los asistentes, los mozuelos aprovechaban, en una última oportunidad, antes de adentrarse en el duro invierno, para “pretender” a la mozuela que se hacía la remolona o indecisa, después del acercamiento que se había producido entre ambos, en las últimas fiestas del pueblo celebradas en el mes de octubre. Igualmente en estos días aprovechaban muchos mozuelos para pedir la “entrá”, en casa de la novia, y ello, por los mismos motivos expuestos.

Como continuación de esta costumbre podrían ser los famosos bailes de ánimas que la cofradía organizaba, normalmente, en casa del Hermano Mayor, al término de estas celebraciones con fines económicos; esta vez no para sacarle dinero a la gente en general, sino a la juventud más jocosa. Recogido de Lola Torres, lo narra de esta manera:

“Otra costumbre muy graciosa que se guardaba en Cambil y en algún otro pueblo de la comarca, era que después de salir por las calles cantando y pidiendo para las ánimas, se organizaba al terminar un baile en casa del hermano mayor de la cofradía donde los mocicos o mozuelos ofrecían una cantidad de dinero por bailar con la mozuela que les gustaba, haciendo una puja en la que el que más daba, ese bailaba con ella, y el dinero se ingresaba en el cepo de las ánimas. Y se daba el caso frecuente de ofrecer dinero, con toda intención, por bailar con una muchacha que estuviese en la reunión prometida de otro, con el fin de sacarle a éste todo el dinero posible, que lo daba, para evitar que otro bailara con su novia. Si alguno se negaba a pagar, le obligaban a bailar solo con un candil colgado de la cintura, por delante, y como solía amoscarse de la burla, raro era el día que no salían del baile a garrotazos, costumbre que siempre se esforzaron en suprimir los párrocos”.

## DIA DE NOCHEBUENA

En la misma línea de estas celebraciones, estaba la que se hacía el día 24 de diciembre, día de Nochebuena. Ese día lo empleaba la Cofradía de las Ánimas para salir por el pueblo, de barrio en barrio, por todas sus calles y casas a pedir limosna para costear la novena que ya había tenido lugar en el mes anterior, así como para los demás oficios que debía realizar por los hermanos difuntos.

Para ello salía la popular “Tambora”, con el Hermano Mayor al frente y acompañado con toda clase de instrumentos como, panderos, campanillas, laudes,

bandurrias y guitarras y, parándose en cada portal, se le cantaba las conocidas coplas de las ánimas:

“Dale por amor de Dios,  
limosna de caridad  
a las ánimas benditas,  
que Dios “su”lo pagará”.

Así, hasta terminar en la última casa del pueblo. Cuando alguien tenía luto reciente, antes de que llegaran cantando, se adelantaba un familiar al grupo y les daba la limosna correspondiente con el ruego de que pasaran de largo. Ésta podía ser en dinero metálico o en especie; se admitía todo, desde la más variada fruta, como las gamboas, hasta el tocino de la matanza reciente. Al mediodía, para reponer fuerzas, era costumbre que comieran todos los acompañantes de la “tambora”, en casa del hermano mayor, un succulento plato de habichuelas con su correspondiente morcilla y chorizo.

Pero esta tradición no quedaba limitada exclusivamente al pueblo de Cambil, sino que en días sucesivos, la misma “tambora” con el mismo motivo, haría un nuevo recorrido por su anexo de Arbuniel y por todos los cortijos de su comarca. Cuando les cogía la noche, eran invitados, normalmente, por alguna familia para pernoctar en su casa, existiendo la costumbre de que, al mismo tiempo, se organizara un baile que solía durar hasta altas horas de la madrugada. Tal vez en estos bailes se repitiera lo referido anteriormente por “Lola Torres” en sus publicaciones.

Una vez terminado su periplo comarcal, que duraba dos o tres días y con los serones repletos de viandas, el hermano mayor, junto con los demás acompañantes, se sentaban en el árbol centenario de la plaza, para comenzar, seguidamente, entre toda la gente del pueblo, la subasta de todos los productos en especie que habían conseguido. El dinero de dicha subasta, pasaría a ingresar, más aún, los fondos de la Cofradía.

## FIESTAS DE LA AURORA

En esta tradición de las Fiestas de la Virgen de la Aurora, se produce una quiebra en la línea de actuación de esta Cofradía. Mientras que en las anteriores celebraciones, todas sus actuaciones, son de sentimientos fúnebres que nos recuerda la muerte inevitable, en esta fiesta todo es alegría. Se le canta a la Virgen de la Aurora por campanilleros, durante toda la noche, del siete al ocho de diciembre, y como no podría faltar, acompañados por la «Tambora».

El por qué de esta tradición llevada por la misma Cofradía de Ánimas, es una incognita hoy día. Según investigaciones de Manuel Amezcua, parece que fue una celebración heredada de la desaparecida Cofradía de Nuestra Señora del Rosario, patrona de Cambil, ya que ésta es más propia de las despiertas de la aurora que se producían para procesionar el rosario, costumbre muy arraigada, igualmente, en algunos pueblos de nuestra comarca. Dicha cofradía parece que se extinguió en el siglo XIX, por los efectos de la desamortizaciones y, para que no desapareciera esta tradición, al parecer se hizo cargo la Hermandad de Ánimas. Así parece desprenderse, siguiendo al investigador anteriormente citado, de las anotaciones aparecidas en el único libro de actas que conservaba esta cofradía, de fecha 1871, en el que se reflejaba una relación de efectos recibidos por cierta herencia:» panderos, esquilones, platillos, cascabeles, campanillas, cencerros, y además otros que parecen propios de la desaparecida cofradía del Rosario: dos arcas grandes, dos tazas para pedir, un estandarte deteriorado con cruz de plata, una lámina con marco de hojalata, un pellejo para el vino de cabida para dos arrobas, seis libros de la cofradía, nueve libros de la cofradía y doce onzas de cera».

La incorporación de la «Tambora», a esta tradición, como instrumento, es muy difícil saber cuando se produjo. Tampoco sabemos cuantos instrumentos habrán existido a lo largo del tiempo, pero sí podemos precisar por indicios y por tradición oral, casi sin lugar a equivocarnos, que la actual «tambora», como tal instrumento, se aproxima a una antigüedad de unos ciento cincuenta años, conservándose, todavía, en bastante buen estado, a pesar de las numerosas vicisitudes y anécdotas por las que ha atravesado durante todo ese tiempo.

La justificación de su permanencia en el tiempo y su popularidad, pudiera, ser debido, a esa simbiosis o acoplamiento que se produce entre la «tambora» y la orografía del pueblo, pues hace, cuando se está tocando, que sirva de caja de resonancia, donde, desde todos los rincones, se escuche, al mismo tiempo, su sonido.

La fiesta de la Virgen de la Aurora, la podríamos expresar de la siguiente forma:

Con aire alegre y popular, con canciones sencillas e ingenuas, pero con sabor a rancio por lo que de antigüedad tienen, va pasando la «Tambora», acompañada de todos los instrumentos de cuerda y percusión y seguida de todas las gentes, por esas intrincadas calles, de cuestras, esquinas y callejones. De vez en cuando una parada en una casa y una tonadilla:

«A la Aurora venimos buscando,  
que dicen que anda por este lugar,  
recogiendo rosas y jazmines  
para los devotos que van a rezar...»



Al fin abre sus puertas, en las manos del dueño, unas botellas de añís o coñac, así como polvorones y otros dulces típicos de la Navidad que se reparten entre los acompañantes. Continúa la larga compañía de gentes unidas a la tambora inolvidable y la copla, algarabía del frío que avanza en la noche, cada vez más enérgicos, contentos, más amigos, más nostálgicos siempre.

Así hasta el alba, donde en procesión con la imagen de la Aurora, desde su ermita, dará la última vuelta hasta terminar en la iglesia.

## LA TRADICION EN LA ACTUALIDAD

La Institución de la Cofradía de Ánimas, antes de que se extinguiera como tal cofradía en el año 1967, atravesó en su larga historia una serie de vicisitudes que estuvieron a punto de hacerla desaparecer en varias ocasiones.

Efectivamente fue allá por el año 1845, siendo prior de la parroquia, D. Diego de Alférez, cuando esta cofradía estuvo a punto de desaparecer, quizá, motivado, por las dificultades por las que atravesaron todas las Instituciones religiosas con motivo de las desamortizaciones. El referido párroco se quejaba porque al imponer ciertas cargas a los cofrades, nadie salió al frente de ellas, pagando apenas alguien con dificultad las dotaciones y funerales, siendo, en palabras del propio prior, más negligentes, los más ricos.

Un año más tarde, se arreglan las cosas, y, tras un acuerdo con la Corporación Municipal, presidida por su Alcalde D. Miguel de Castro y Castro, se intenta nuevamente impulsar la cofradía, contribuyendo decididamente tanto los curas de la parroquia, con su desinteresada prestación a la celebración del culto, como las personas de más representación de la villa.

Y es que esta pugna entre el clero y la oligarquía local, siempre ha existido en esta villa. Alguna gente mayor recuerda, como entre el párroco D. José Linares, que ejerció su ministerio desde los primeros años del siglo XX hasta el año 1935, y algunos caciques disidentes, mantuvieron, igualmente, sus rencillas. Precisamente achacándosele su larga estancia en el pueblo, un día apareció un gato muerto en su casa rectoral con la siguiente inscripción:

Si no te vas de este priorato  
te verás como este gato.

Al día siguiente y lejos de amedrentarse el prior, sustituyó la tal inscripción por otra que decía:

Ni me voy de este priorato  
ni me veré como este gato  
y cura tenéis" pà rato".

Después, la actuación de esta Cofradía no se vio interrumpida nada más que en los años de nuestra contienda y hasta el referido año de 1967, en que el último Hermano Mayor D. Juan Almagro Lechuga, (surge nuevamente la pugna) liquidó la Cofradía con el párroco, al no entender éste la importancia que tuvo, en su tiempo, esta institución; quizá por una mala información de las costumbres del pueblo, o por una interpretación errónea de las directrices del Concilio Vaticano II, unido a que los objetivos propios, para los que fue creada la cofradía, estaban cubiertos por el cambio experimentado en la sociedad, hacia un nivel de vida más alto. Todo ello, en su conjunto, pudo ser lo que motivó su desaparición. Esto lo demuestra si lo comparamos con la anterior crisis sufrida un siglo antes, en la que, al contrario, y en la misma línea del pensamiento que estamos desarrollando, el párroco y los curas de aquella época salieron al frente de la misma, ya que no les interesaba de ninguna manera que ésta desapareciera, dada la función social que desempeñaba en aquella comunidad.

En cuanto a la situación hoy en día, una vez desaparecida la Cofradía, se puede decir que es de incertidumbre, ya que al cabo de unos años, después de su extinción, un grupo de personas nostálgicas, entre las que se encuentran la familia del último hermano mayor, salvando muchos problemas, retomaron, nuevamente, esta tradición. Pero de una manera informal, sin instituto alguno, hasta el año pasado 2001 en el que estas mismas personas, para animar a la gente más joven y para que continúe perdurando esta costumbre, fundan una asociación con el nombre de “Asociación cultural La Tambora de Cambil”, siendo su fines sociales distintos a los perseguidos anteriormente, a saber:

- a) Promover, fomentar y celebrar la tradición de “La Tambora-Virgen de la Aurora.
- b) Promover y fomentar las demás tradiciones del pueblo de Cambil
- c) Colaborar con otros u otras Instituciones con similares fines
- d) Fomentar y dar a conocer la rica historia local

En la actualidad se celebran todos los años, entre los días siete al ocho de diciembre, solo las fiestas de la Aurora o de la “Tambora”. Y desde hace algunos años el día siete por la tarde, se acomete un acto literario-musical, comenzando a continuación la salida de la “Tambora”.

La participación a estas fiestas se puede decir que es masiva, asistiendo prácticamente casi todo el pueblo en la parte lúdica, no tanto en la parte religiosa. Pero se echa de menos la participación de más personas, sobre todo los más jóvenes, a la hora de colaborar y afiliarse a esta Asociación y, más que por otra cosa, si se aspira a que esta tradición, la más antigua del pueblo de Cambil, no se pierda en el tiempo.

## FUENTES

AMEZCUA MANUEL: Separata de la Revista de Folklore.-Obra Cultural de la Caja de Ahorros Popular de Valladolid.

OYA RODRIGUEZ.-Vicente.-En torno a la tradición .-Programa de las Fiestas de la Aurora 1982

LOLA TORRES.-Revista Paisaje.-Año 1965

## TESTIMONIOS

BANQUERI GARCIA, Manuel

OZAEZ LOPEZ, Maria

MERINO ALMAGRO, Lucía

BERDONCES LARA, Sebastián



*Eufrasio Díaz preside con la "Tambora" la comitiva ciudadana por los barrios del municipio.*

